



CHARLOTTE
LINK

LA ESTACIÓN
de las
TORMENTAS

Prusia, 1914. Felicia ha crecido muy protegida en Lulinn, la finca familiar de los Degnelly en Prusia Oriental. Le encanta montar a caballo, vivir rodeada de naturaleza y pasar todo el tiempo que puede con Maksim, su compañero de juegos de infancia de quien está enamorada. Pero tiempos convulsos invaden su paraíso particular y el chico, impresionado por las nuevas ideas que llegan de Rusia, decide marcharse y unirse a la Revolución.

Poco después de desatarse la Gran Guerra y los primeros soldados del ejército ruso aparecen en Lulinn. Felicia, sola con sus abuelos en la gran casa, consigue mantenerlos a raya, pero cuando el anciano muere, abuela y nieta se ven obligadas a huir. En Berlín, Felicia conoce a Alex Lombard, un joven de buena familia que puede proporcionarle un bienestar al que no está dispuesta a renunciar y, sin pensárselo demasiado, se casa con él aunque su corazón pertenece a Maksim...

De las trincheras francesas a la Rusia revolucionaria, del Berlín decadente de entre guerras al crac financiero de Wall Street y el surgimiento del nazismo, La estación de las tormentas es la primera entrega de una trilogía apasionante sobre una mujer excepcional y su familia. Un vívido reflejo de los acontecimientos que estremecieron el mundo durante el siglo XX.

Índice

Libro I

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8

Libro II

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11

Libro III

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7

Libro IV

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Nota

LIBRO I

1

Era junio. El atardecer teñía la tarde. Cruzaban el cielo azul pálido unas cuantas nubes deshilachadas, en las praderas cantaban los grillos, y las hojas de los árboles susurraban ligeramente. Los abetos se hacían más oscuros en el horizonte, las sombras sobre los prados más largas. Los troncos de los pinos relucían en color castaño.

—Mañana regreso a Berlín —dijo Maksim.

De pronto, la tarde resplandeciente había perdido su brillo. Felicia Degnelly, sentada junto a Maksim a la orilla de un arroyo, alzó la vista sobresaltada:

—¿Mañana? Pero ¿por qué? ¡El verano no ha hecho más que empezar!

La respuesta de Maksim fue evasiva.

—Voy a ver a unos amigos. Amigos importantes.

—¡Camaradas! —dijo sarcástica Felicia, pero su sarcasmo no hacía más que ocultar lo herida que se sentía. Los camaradas estaban por delante de ella, del verano en común en el campo, de tardes como aquella.

Miró de reojo a Maksim y pensó, llena de amargura: «¡No sabes lo que quieres!».

Pero, en su interior, tenía muy claro que él sabía exactamente lo que quería. Sus pensamientos estaban encadenados a una idea, no a ella. Nunca decía lo que decían otros hombres cuando estaban con ella, cosas como «¡Eres muy guapa!» o «¡Creo que podría enamorarme de ti!». No, de él venían palabras extrañas como «insurrección», «revolución mundial», «abolición de la propiedad privada», «expropiación por parte del proletariado». Que había un mundo solo para él, al que ella no tenía acceso y al que él tampoco iba

a permitirle que lo tuviera, lo había entendido hacía ya casi dos años, el día del cumpleaños del emperador, en Berlín, cuando iban por la calle contemplando a la gente jubilosa, y la ira y el cinismo luchaban en el rostro de Maksim. De pronto había murmurado algo (más tarde se había enterado de que era una cita de Marx):

—«Este hombre solo es rey porque otros hombres se comportan ante él como súbditos».

Ella se había vuelto para mirarle:

—¿Qué dices?

De repente, un rasgo despreciativo, casi brutal, se había instalado en torno a la boca de él.

—Da igual —había respondido, y miró despectivamente su hermoso vestido y su sombrero nuevo (se había puesto ambas cosas por él)—, da igual, nunca lo entenderás. ¡Nunca!

Tenía razón. No le entendía. No entendía que pudiera entusiasmarse con una idea mientras ella se entusiasmaba con la vida. Él quería cambiar el mundo en beneficio de la humanidad, y ella... bueno, ella solo quería lo mejor para sí misma. Y quería a Maksim Marakov.

Era hijo de un ruso y una alemana, había pasado su juventud alternativamente en San Petersburgo y en Berlín y todos los veranos en la casa de campo de unos parientes en Insterburg, en la Prusia Oriental, no lejos de Lulinn, la finca de los abuelos de Felicia. Era cuatro años mayor que ella, y desde el principio se habían sentido mágicamente atraídos el uno hacia el otro. Ambos tenían el pelo oscuro, los ojos claros y un rostro de rasgos regulares; la mayoría de la gente les tomaba por hermanos. Cuando estaban juntos se sumergían en un mundo aparte, y su infancia quedaba cubierta por el hechizo de unos juegos secretos que nadie perturbaba. Los huertos frutales de Lulinn, los bosques y los lagos que los rodeaban, los prados, habían sido el escenario de sus obras no escritas. Pero en algún momento, durante algún verano, volvieron a subir a su escenario y casi

no se reconocieron. Felicia venía con vestidos elegantes, el pelo recogido en un peinado alto, y se había acostumbrado a exhibir una sonrisa un tanto artificiosa. Maksim apareció con ropas raídas, pálido y con signos de haber trasnochado. Ambos se habían hecho adultos, pero sus primeros pasos en ese camino habían seguido direcciones opuestas. Lo último que tenían en común eran los recuerdos, pero no parecía que fuera a haber más cosas en común en el futuro. Y de pronto Felicia se dio cuenta: «Le amo. Siempre le amaré».

Amaba ese mundo oscuro, ajeno, que no entendía. Amaba la expresión de rechazo de sus ojos y las palabras despreciativas que guardaba para la burguesía establecida. Amaba sus cínicas observaciones acerca del emperador, y amaba la viva alegría de su rostro cuando hablaba de la revolución. Lo amaba todo... pero no entendía la seriedad, la pasión que había detrás. No entendía que sus dos mundos se excluían mutuamente.

Tenía dieciocho años, una sana confianza en sí misma, y ni en sueños se le hubiera ocurrido leer *El capital* solo para poder hablar de algo que no le afectaba.

Apostó por sus ojos, su boca, su cabello resplandeciente, los vestidos escotados y los perfumes misteriosos.

Se quedaron sentados en silencio hasta que el sol se puso, y en su silencio estaba la despedida de una época que había pasado casi imperceptiblemente. Por fin, Maksim se levantó, cogió a Felicia de la mano y la ayudó a levantarse.

—Hace frío —dijo—, deberíamos irnos a casa.

Estaban muy juntos, Felicia con un ancho sombrero de paja de color azul.

Alzó el rostro, entreabrió los labios, expectante, porque le parecía insensato desperdiciar un momento como ese. Durante unos segundos pudo descubrir algo de la vieja ternura en los ojos de Maksim, luego se apagó y, con una risa un tanto trabajosa, él declaró:

—No. No voy a hacerte desdichada, y a mí tampoco.

¿De qué estaba hablando? ¿A qué desdicha se refería?

—Bueno —dijo ella, respondona—, si quieres vivir como un monje, allá tú.

—Quiero seguir mi camino, Felicia. Y tú seguirás el tuyo, y no creo que esos caminos se crucen jamás.

—¿Significa eso que nunca vamos a volver a vernos?

—No volveremos a vernos como tú imaginas.

—¿Por qué no?

Con un movimiento iracundo, Maksim arrancó una rama de un árbol y la partió en trocitos.

—¿Nunca vas a entenderlo, Felicia?

—Gracias, hace mucho que lo he entendido. Tienes que derribar el monopolio internacional de las finanzas, y como es natural no te queda tiempo para nada más. ¡Es mejor ensalzar a Marx durante noches enteras que besar una vez a una chica! Una vida emocionante, sin lugar a dudas. ¡Te deseo que te diviertas mucho!

Se volvió y se fue corriendo. Conocía el camino hasta en sueños, y de alguna manera llegó sin tropezar con ramas ni raíces. Naturalmente, había esperado que él la siguiera, pero al cabo de un rato constató que no pensaba hacerlo. Los ojos se le llenaron de lágrimas, causadas por la ira y por la herida. Solo al llegar a Lulinn se contuvo, se limpió la nariz y se secó la cara.

La casa señorial de Lulinn había sido construida doscientos años antes, aunque la familia Domberg llevaba trescientos asentada en aquel territorio. La primera casa una noche fue pasto de las llamas —decían que una antepasada loca le había prendido fuego por celos—, y la nueva había surgido en su lugar sin adorno alguno y sencilla, a causa de la angustia del momento: un gran edificio de piedra gris, con muchas ventanas; la hiedra crecía por sus paredes, a sus pies se extendía una floreciente rosaleda, y una avenida bordeada de fresnos, a izquierda y derecha de la cual se abrían amplias dehesas en las que pastaban caballos de ra-

za Trakehner, el orgullo del viejo Domberg, llevaba hasta el portal. Ahora todo estaba oscuro, el viento pasaba por entre los fresnos, los caballos se movían como elfos por los prados, como sombras oscuras. Felicia se detuvo y miró esperanzada a su alrededor. A veces pasaba un coche y no era necesario recorrer a pie la larga avenida.

Pero en esta ocasión todo siguió en silencio. Iba a ponerse en camino, con un suspiro, cuando oyó un susurro en el matorral de alisos más cercano. Una figura oscura salió de él.

—No se asuste, señorita, no se asuste. Soy yo, Jadzia.

—¡Oh, Dios, Jadzia, qué susto me has dado! ¿Qué haces metida en esos matorrales?

Jadzia trabajaba de sirvienta en Lulinn, una vieja polaca de la que el abuelo Domberg decía siempre que con ella nunca se sabía: no tenía claro si se dejaría descuartizar por sus amos o si una noche los mataría a todos en sus camas. Recorría caminos propios, misteriosos, a veces desaparecía, luego reaparecía de repente. O era contrabandista o socialista... o ambas cosas, decían.

—Sé una cosa —dijo.

—¿El qué? —Siempre podía ser algo interesante.

Jadzia se acercó.

—Han matado a tiros al heredero del trono de Austria. Hoy, en Sarajevo. ¡Dicen que ha sido un serbio!

¡Vaya, no era más que eso!

—Ah —dijo Felicia, indiferente.

—Habrà guerra —prosiguió Jadzia—. ¡Gran guerra!

—Seguro que no, Jadzia. ¿Por qué iba a haber guerra?

Jadzia murmuró algo en polaco. Felicia siguió su camino. Sarajevo... ¿dónde estaba eso? Jamás había oído hablar de ese lugar. Por otra parte, no le interesaba. Pensaba en Maksim y en por qué lo prefería a otros. Era como si todos los chicos amables que conocía le resultaran mortalmente aburridos. Eran tan atentos y bien educados; los entendía... y los despreciaba. No tenían nada de enigmático,

y por tanto no eran ningún desafío. Pero eso era precisamente lo que ella buscaba. Quería aventura, y en Maksim parecía encontrarse el cumplimiento de ese deseo.

Johannes, el hermano de Felicia, cumplía veinticinco años ese 28 de junio de 1914.

Además, ese día lo habían ascendido a teniente. Y empezaba un permiso.

Por la mañana temprano, había salido junto con su amigo Phillip Rath de la aburrida guarnición junto al Rin en la que estaba acuartelada su compañía para ir a Lulinn a pasar el verano en familia, como todos los años. Pararon en Berlín; por una parte, para descansar, por otra, para que Phillip, que vivía en Berlín, pudiera ver un momento a su familia. Por la noche se reunieron en casa de Johannes, en la vivienda de sus padres, vacía por el momento, en la Schlossstrasse. Phillip llevó consigo a su hermana Linda, una belleza como una muñeca de dieciocho años, que había ido al colegio con Felicia y estaba prometida con Johannes desde hacía seis meses. Además, los acompañaba un hombre al que Johannes no conocía: Alex Lombard, de Munich.

—Nuestros padres eran socios —explicó Phillip—, por eso nos conocemos un poco. Me he encontrado a Alex por casualidad y, como no tenía nada que hacer, me lo he traído.

Johannes y Alex se estrecharon la mano. Enseguida, Johannes pensó: «Un hombre interesante. Sin duda por lo menos diez años mayor que yo».

—Lombard —dijo frunciendo el ceño—, usted es...

—La fábrica textil de Munich, sí. —Alex sonrió—. En cualquier caso, pertenece a mi padre. Yo actúo de vez en cuando, como ahora, como viajante de comercio para él, cuando no me siento más cómodo en el papel del hijo descarriado.

Los cuatro jóvenes pasaron una tarde agradable. Johannes había comprado champán, el gramófono sonaba, y por la puerta abierta del balcón entraba el aire cálido de la noche. Alex hizo el papel de animador. Era capaz de contar historias graciosísimas, de parodiar de manera espléndida a personas que se había encontrado en su vida, de ridiculizarse a sí mismo, a otros y al mundo como tal de manera tan perversa que podía uno partirse de risa... si no fuera porque su ironía era un punto demasiado mordiente, su sarcasmo un poco demasiado venenoso. Sus oyentes oscilaban siempre entre la diversión y la consternación. «Alguien te ha herido mucho alguna vez —pensó Johannes—, y tengo la sensación de que bebes demasiado».

El destino dio un giro a la velada hacia la medianoche, cuando los invitados acababan de decidir marcharse y Alex Lombard se quedó de pronto plantado en el pasillo, como si hubiera echado raíces.

—Oh —dijo—, no había visto esto antes.

Lo que atrajo su atención fue un cuadro, una pintura al óleo que mostraba a una muchacha. Estaba sentada en el brazo de un sofá, de manera descuidada y casual. Llevaba un vestido de color lila pálido, sostenía en las manos un sombrero de paja blanco y tenía una rosa blanca prendida en el escote del vestido. Sus cabellos castaños y rizados le caían hasta el talle. La chica no respondía en absoluto al ideal de belleza de su tiempo, que exigía mujeres amables y delicadas, pálidas y sutiles como frágil porcelana. Esta en cambio no parecía ni amable ni frágil. Tenía un rostro estrecho con una nariz recta y una boca bien formada, que sonreía con gran confianza. La alta frente blanca daba a su cara una distinción inesperada.

—¿Quién es? —preguntó fascinado Alex.

—Mi hermana Felicia —respondió Johannes—. Mi tío Leo la pintó, y creo que la representa muy bien.

—Felicia. —Alex pronunció el nombre como paladeándolo.

Se concentró en el cuadro, sin preocuparse de las miradas burlonas que se lanzaban Johannes y Phillip. Podía imaginarse la voz de Felicia, sus movimientos y cómo tenía que sonar su risa. En todo lo que hiciera tenían que vibrar una chispa de ironía y un gusto indomable por la provocación; ella misma le parecía una provocación. Así que era tanto hija de familia distinguida como *femme fatale*, y probablemente representara de manera muy convincente ambos papeles. Era la aristócrata de sombrero y guantes y joyas caras, pero también la campesina que se sienta descalza al borde de un camino polvoriento y se abanica con una gran hoja de arce.

Pero el verdadero enigma estaba en sus ojos.

Eran de un gris puro, claro, sin el menor rastro de azul o verde que lo atenuara. Ojos fríos, que guardaban una total contradicción con la sonrisa de la boca. Ojos singularmente ensimismados, rechazantes e imperiosos. Ojos misteriosos, que nada revelaban y daban la impresión de no permitir que su propietaria fuera nunca estudiada y reconocida por completo.

Aquella chica no se entregaba a nadie, pensó Alex. De pronto, tuvo la peculiar sensación de estar viendo un espejo, y ahuyentó apresurado sus pensamientos: «¡Qué tonte-ría! Cháchara romántica. Una chica completamente normal, y seguro que el pintor no la quería demasiado y por eso le dio unos ojos tan fríos».

—Muy guapa —dijo, como de pasada—, tiene usted una hermana muy guapa, teniente.

—Vuelve locos a todos los hombres que se cruzan en su camino —respondió Johannes—, pero en vez de calmarse de una vez y casarse, su corazón late por un fanático socialista, que solo tiene desprecios para ella.

—Encaja —dijo Alex—. Las mujeres como ella no soportan ser adoradas.

Entretanto, habían salido de la casa y estaban en el rellano de la escalera, con sus anchos peldaños y barandales

rojos. Linda y Johannes iban cogidos de la mano y no eran capaces de separarse, mientras Alex y Phillip se embebían en una conversación sobre el vino francés y el alemán. En la vivienda de la planta baja se abrió la puerta, y el viejo consejero judicial que allí vivía asomó la cabeza. Estaba muy solo, y andaba constantemente al acecho para sorprender a alguien de la familia Degnelly y enredarle en una conversación. A esa hora de la medianoche, sus ojos ardían entusiasmados.

—¿Se han enterado ya de lo que ha ocurrido? —preguntó.

Johannes, que tenía mala conciencia por haber puesto demasiado alta la música del gramófono, sonrió con más amabilidad que de costumbre.

—No. ¿Qué ha pasado? —Probablemente el gato de la vecina había tenido gatitos, o había ocurrido algo que estremeciera al mundo de forma similar.

—Han cometido un atentado contra la pareja heredera del trono austríaco. En Sarajevo. Los dos están muertos. El autor procedía sin duda de la clandestinidad serbia.

Johannes soltó la mano de Linda. Phillip y Alex enmudecieron.

—¿Qué? —preguntó al fin Johannes.

—Sí, sí. Todas las ediciones especiales lo anuncian. ¡El archiduque Francisco Fernando ha muerto!

—Pero eso es... —Por un momento todos se quedaron como petrificados.

Luego, Phillip murmuró:

—La próxima guerra será desencadenada por algún asunto totalmente ridículo en los Balcanes.

—¿Qué?

—Bismarck. Bismarck lo dijo en una ocasión.

Alex sonrió.

—Un asunto ridículo en los Balcanes. Sí, amigos, creo que es este. Buenas noches.

Se puso el sombrero y bajó silbando la escalera, mientras a su espalda empezaba una viva confusión de voces.

—Los serbios y los croatas llevan demasiado tiempo hirviendo. Austria no tolerará esta provocación.

—Entonces estamos en medio. Alemania tiene una alianza con Austria. Por otra parte, nadie sabe si el Gobierno serbio ha estado involucrado, y por un atentado...

—Mi padre dice siempre que si estalla una guerra será en la frontera francesa, porque en realidad los franceses aún no han renunciado a Alsacia-Lorena.

—En eso seguro que tiene razón, Linda.

—Qué pensáis de que los austríacos...

—¿Puedes imaginarte morir? —preguntó de repente Christian.

Su amigo Jorias, que había estado dormitando, despertó sobresaltado.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, he estado dando vueltas a eso. Si hay guerra y dura lo bastante, seguro que nos llaman a filas. El año que viene haremos nuestro examen para alférez, y nos tocará. De pronto... ¡qué idea tan absurda!

Jorias asintió con lentitud. La locomotora emitió un agudo silbido, las ruedas traquetearon con un ruido sordo sobre los raíles. Los dos jóvenes miraron por la ventanilla, pero ya estaba entrada la noche de verano y solo pudieron ver el reflejo de su compartimento, débilmente iluminado.

—Ya no queda mucho hasta Insterburg —dijo Christian, y en su voz resonó una excitada alegría.

Era el hermano menor de Felicia Degnelly, acababa de cumplir dieciséis y, como buen cadete, miraba el imperio con orgullo. Estaba recorriendo ese camino que convierte a los niños en soldados y los educa conforme a las mejores tradiciones prusianas, ejercitándose hasta caer rendidos, formados como pequeños catedráticos, pero, sobre todo,